



(San Roberto, en los Pirineos.)

EL CASTILLO DE MONTRICHARD, y HISTORIA DE GUILLERY.

1806.

(Continuación.)

LA PLAZA DE AYUNTAMIENTO.

Plan, ran, plan; plan, ran, plan; plan, ran, plan.
 —De orden del rey nuestro Señor...
 —¡Hala! ¡Hala! Vamos á ver al pobre de San Martín, ataviado con su casaca blanca y encarnada. Parece un chiquillo con zapatos nuevos, según el orgullo que manifiesta.
 —Escuchad, malsines.
 —¡Fuera, fuera! No queremos insultos.
 Plan, ran, plan; plan, ran, plan; plan, ran, plan.
 —Hacemos saber á nuestros amados y fieles vasallos.
 —Silbemosle, no sabe lo que dice.
 —Silencio, canalla, si no queréis que os lleve el diablo.
 —Nada se oye desde aquí, porque la voz del pregonero se pierde en esa batahola infernal de chillidos y juramentos. ¿Qué es lo que dice? ¿Habéis entendido algo?
 —¡Viva el rey! ¡Viva el rey!
 —¿Qué demonios se les han metido en el cuerpo para alborotar de ese modo? Por mi parte no sé á qué se reduce esa orden del rey que ha vuelto loros de contento á semejantes cernicalos.
 —¡Mi compadre! Es una orden magnífica contra la gente de guerra y contra sus rapaños, previniendo á los prebostes que persigan de muerte á cuantos no vayan provistos de una comisión en debida forma.
 —Si es así... ¡vudamos Domingo... ¡Viva el rey Enrique!
 —¡Bah! ¡Bah! También debiera haber pensado un poco en nosotros, pero se teme á las corporaciones de mercaderes...
 —En efecto: esto nos recuerda la Liga.
 —¡En! Cuidado: no sea que atragamos á los lehrilos del prebostazgo: desocupemos el sitio y tañamos de traspuesta, porque aquí se sofoca uno.
 Y algunos ciudadanos se separaron de las compactas oleadas de la multitud, que se amontonaba en la plaza del Ayuntamiento de Tours.

Era día festivo, y toda la población ociosa seguía los pasos del pregonero: el ruido del tambor y las voces que daba se perdían efectivamente entre el tumulto ocasionado por los alegres gritos de los muchachos, los anuncios de los espectáculos públicos á son de trompeta, y los dicharachos de los que insultaban al órgano de la ley.

Celebrábase también el cumpleaños del corregidor de la ciudad, y velase á este funcionario apoyarse en la balaustrada exterior, dándose un aire grave é importante, y comunicando sus órdenes á los empleados del ayuntamiento que le rodean. Parecía como que contemplaba con una especie de complacencia sus armas pintadas en el testero de la sala principal. En la plaza, adonde acudía por momentos mayor gentío, circulaban con rapidez cántaros de vino y canastos de pan, que el magistrado había mandado distribuir en abundancia. Todos los habitantes de la ciudad, y aun los arrendos, tenían derecho á su parte de pan y vino, según afirma un célebre escritor de aquella época.

En la Puerta Nueva había un cuerpo de guardia compuesto de ciudadanos y de arcabuceros del rey: éstos últimos, con sus enormes sombreros adornados de plumas, sus calzones de hólalo y sus bandoleras guarnecidas de brillantes chapas, se paseaban con las carabinas á la espalda; y en vista del gesto burlesco con que examinaban los atavíos, no poco grotescos, de los valientes ciudadanos que velaban por la seguridad pública, no era difícil adivinar cuál sería el asunto de sus alegres conversaciones.

Muchos grupos de artesanos y de soldados se entretenían en hablar con animación de negocios particulares, ó comentaban las noticias que les llevaba algún recién llegado. Las mujeres no se quedaban cortas en cuanto á meter zombra y dar muestras inequívocas de actividad: metiábase en el bullicio, zumbaban como zánganas y se apoyaban en los hombros de otras que habían acudido primero, para devorar con sus ojos las representaciones de los misterios, y los santos y diablos de cera y de madera, que luchaban y sucumbían ó triunfaban alternativamente en medio de las aclamaciones de aquella multitud entusiasmada.

Aquí se presentaba un pastor con capa blanca, enseñando á los maravillados patanes de la ciudad la cabeza de un lobo todavía formidable, que había tenido la suerte de matar, y cuyo precio reclamaba con gestos y pautaciones tan extravagantes como diabólicas: dicho precio consistía en veinte vueldos torneos, según espresaba terminantemente la ordenanza de Carlos VII.

Allí se veía á un titiritero con su teatro completo; en el cual varias figuras alegóricas representaban papeles alusivos á personajes del reino y á los negocios públicos. Entre ellas aparecía *Madama la Liga*, con su traje pintado de capuchones y de cabezas de frailes, y quemada con gran pompa y ceremonia.

Al otro lado un trovador, que había recorrido la mayor parte de la Francia, narraba á las jovencillas bellezas de Tours magníficas historias amorosas, que había oído referir á las enamoradas bearnesas. Los jóvenes por su parte corrían hácia el *Mollo* y sus siete hijeras de árboles, para iniciar el juego á que dió nombre y que era entonces un pasatiempo, al cual se mostraban sumamente aficionados los habitantes de la ciudad. En todas partes se observaba movimiento, placer y vida: Tours, en fin, lo mismo que la Francia entera, parecía que olvidaba lo pasado, y se entregaba locamente á la esperanza de un porvenir risueño.

En medio de tan pintoresca escena y cuando mas entregados á la animación estaban los grupos, se oyó un gran tumulto hácia el extremo de la plaza, inmediato á la abadía de San Julian. Gritos de ¡sorror! ¡el asesino!; la guardia resonaban por todas partes, y un hombre alto, con los cabellos en desorden, y los ojos inflamados por la cólera, apareció de repente, arrastrando consigo á una especie de pastor, semejante á aquel de que hemos hablado, y al que sujetaba por la capa blanca, cuya capucha le cubría el rostro.

El hombre encolerizado era Ives.

—¡Favor favor, amigos míos! gritaba con todas sus fuerzas. Ahorremos á este pobre ladrón.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? preguntaron muchos ociosos que habían acudido al ruido, y entre los cuales se hallaba nuestro conocido Juan.

—Suceda, contestó Ives respirando con dificultad, que tengo entre mis manos al terror de la provincia, al infame que me robó anoche... Se hizo el silencio ayer, porque estábamos solos; pero hoy somos aquí muchos y no saldará de nuestras manos.

—No, no; justicia, justicia!

—Pero quién es? ¿Quién es?

—No lo adivinas? Respon Ives con aire de triunfo y como sorprendido de su propia audacia; es el azote del país, el famoso Guillery.

—Guillery! Guillery!

Y un terror eléctrico se separó entre la multitud aterrorizada.

El hombre á quien sujetaba Ives, permanecía con la cabeza baja y cuidadosamente cubierto con el capuchón.

—Vamos, compadre; eso es imposible.

—Por qué? No ves que el lobo se ha disfrazado con una piel de oveja?

—Que manera, que manera!

—Afuera capa; descubridle.

—El hombre procuraba ocultarse con todos sus esfuerzos á las miradas de la multitud encarnizada.

—A un lado, señores, gritó un alabardero; dejad que pase el señor Baoul.

—Viva! Viva! El señor Baoul va por fin á hacernos justicia.

—¿Qué ocurre, amigos míos? Preguntó una voz acentuada y jóven.

Abriéronse al punto los grupos á derecha é izquierda, y dieron paso franco á un caballero de noble y allivo continente, que atravesó por medio de las oleadas populares con la misma gracia y desenvoltura que si estuviese en el Louvre en un día de gala.

El círculo volvió á cerrarse detrás de él.

—¿Qué ocurre? Volvió á preguntar el jóven.

—Hablad, hablad, señor Ives.

—Ocurro, monseñor, que tengo en mi poder al famoso bandido Guillery, que me robó ayer á un cuarto de legua de nuestra buena ciudad.

—¿Cómo! Casi en las puertas de la población?

—Es una infamia; debémosle acabar con él.

—Muera, muera!

Una sonrisa imperceptible se deslizó por los labios algo desdeñosos del jóven, al examinar la presa que había hecho Ives.

—Silencio, dijo al fin con un acento que dominó los clamores de las turbas.

—Echad abajo vuestra capucha, añadió dirigiéndose al que aparecía como supuesto pastor.

No obtuvo respuesta, ni hizo el preso el menor movimiento.

—Vamos á arrojársela, gritaron muchos.

Ives entonces le sacudió bruscamente por la capa y cayó la capucha.

—Tomá! Dijo Juan adelantándose: si es Nicolás el sordo, el pastor de la Cruz Roja.

Un rumor sordo se esparció entre la multitud.

—Es imposible, exclamó Ives lleno de confusión; estoy bien seguro de que era él, pues le reconocí por su pelo negro. Estoy seguro de que esta es una púasada que me ha jugado el espíritu maligno.

Y hablando así hacía dar mil piruetas al desgraciado pastor, cuyas

estúpidas miradas se fijaban en él con una especie de enajenación, como si examinándole por todos lados tratase de convencerse de que el bandido no se había evaporado completamente.

La multitud empezó entonces á reírse de él.

—¡Hola, señor Ives! ¿Qué satisfecho estáis, eh?

—Por Dios, que ha puesto una cara...

—¡Rechado y misterioso! ¿Qué gusto!

—¡Eh! No hay por ahí quien aplauda?

Y la multitud silbaba al que poco antes había recibido como un triunfo.

—Silencio, truhanes; silencio, cuervos de mal agüero, gritó el mercader temblando de cólera; y vos, señor Baoul, y tú, Juan, venid conmigo para aclarar este misterio, porque aquí anda indudablemente alguna maquinación infernal.

—No digo lo contrario, respondió Juan; pero supongo, compadre, que otra vez darteis más crédito á mis predicciones.

—Déjale en paz, Juan; repuso Baoul sonriéndose; y vos, señor Ives, soltad á ese pobre hombre; víctima de vuestra equivocación.

Ives obedeció maquinalmente; separáronse sus dedos y el pastor se oscureció al punto entre el gentío.

—Y con todo, dijo el sádico, nadie me persuadirá de que ese pastor de Belzebú no está de inteligencia con los bandidos. Cuando le agarré se revolvió entre mis manos como un diablo verdadero. Acababa ya de oír la voz... aquella voz que jamás olvidaré, añadió el mercader poniéndose pálido, y al punto, gracias á Dios, se llenó mi corazón de ardimiento. ¿Qué mas podré añadir? ¿No habeis observado que al nombrarle la multitud Guillery! Guillery! no ha hecho el menor movimiento?

—Y no sabeis, compadre, replicó Juan, que Nicolás el pastor es sordo?

—Ya, pero...

—Nada, uada, sordo como una tapia y todo queda explicado.

—Vamos, vamos, tranquilizaos, señor Ives, que ya daremos con el bandido, y este no se separará de nosotros sin que yo le conozca mas á fondo. Dime ahora, mozo, añadió dirigiéndose á Juan, ¿qué venias á hacer á Tours?

—He venido á convidaros para la boda de Jaquelina, monseñor.

—¡Hola! La rosa del Chef? Mi hermana de leche?

—La misma, monseñor.

—Pues bien, Juan, iré á fé de caballero. Ironos todos, no es verdad, señor Ives? continuó Baoul dando golpecitos en el hombro al preocupado mercader y mirando de soslayo á Juan.

—¡Ciertamente, monseñor! el honor, el deber, el reconocimiento...

—Esta es otra. ¿Quién habla de eso? preguntó Baoul admirado.

—¿No considerais, señor Baoul, observó Juan, que el recuerdo de Guillery embarga todas sus potencias?

—Sosegaos pues, señor Ives; qué diablos! El resultado será que ireis con nosotros, no es eso?

—Si monseñor, contestó el mercader levantando al fin la cabeza que tenía inclinada sobre el pecho, y saliendo al parecer de su preocupación; si, iremos todos.

—Cuantos mas locos, mayor alegría... dijo una voz á su oído.

—¡Ah! Va de veira, Salanda!... Monseñor, habeis escuchado?...

—¿Qué?

—La voz!!!... Estoy perdido... Es ella... La misma... La de ese condenado Guillery. ¡Oh! Lo que es ahora, no hay remedio.

—Este hombre va á volverse loco, dijo Baoul á media voz; ya veo que no hay mas que un medio.

Y cogiéndole por el brazo, prosiguió:

—Venid conmigo, Ives, y hablaremos al corregidor, á quien espordremos lo conveniente: al mismo tiempo solicitaremos el apoyo del peshostaje.

—Si sí, gritó el mercader abandonando su estupor; vangan prebostes, sargentos, verdagos y hogueras. Viva! Yo quiero rogar vivo á ese pícaro brujo. ¡Oh! Quiero verle arder con mis mismos ojos.

Bajo la influencia del innoble instinto, llamado miedo, el sádico mercader aparecía feroz.

—¡Muerá Guillery! Viva el rey! Viva el señor Baoul! exclamó Juan entusiasmado.

Y los tres desaparecieron por la vasta galería de la casa de ayuntamiento.

(Continuará)

LA BUENA Y LA MALA FORTUNA.

CUENTO POPULAR ANDALUZ.

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

FERNAN. Tío Romance, hoy necesito que me cuente V. un cuento. Tío ROMANCE. ¿Otra tenemos? Señor D. Fernan, ya le he dicho á su mercé que lo que yo cuento no son cosas de papel, sino de idea.

FERMAN. Y yo he respondido que no le hace; así, adelante.

TIO ROMANCE. Señor, si son cosas de por la calle,

FERMAN. Tio Romance, á cada cual se le debe complacer á su gusto, y le digo á V. que me complace; y mucho, contándome un cuento.

TIO ROMANCE. No me diga V. mas, señor, que me ha cogido su mercé la blanda, y no hay que respingar. Tongo ya la memoria muy descolorida, y de muchas cosas no me queda sino un visito; pero en fin, echaré mano á cosa reciente (1).

Sobre una Peña que está á los piés de una sierra, se ha encaramado y asentado un pueblo, á modo de nido de cigüeñas sobre una torre; no diré su nombre, que se cuenta el milagro sin mentar al santo.

Vivian en él dos hombres, á los que habían tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habíale puesto al uno D. José el Colmado, y al otro tío Juan Miseria. Principió D. José por vender por las calles lienzo y paño fino; puso después una tienda, luego se metió á pelautín, y soplándole sin tomar resuello la buena fortuna, crió un caudal de los mas vastos del pueblo. Era el señor bien quisto, porque no era estéril ni agarrado, sino limosnero y buen cristiano. Los dineros no lo habían hinchado, ni el mucho tener engreido; no era pechisacado, sino llamo como camino real. No tenía humo ni gastaba términos curulescantes, como les sucede á mas de cuatro que hablan supuesto, y todo aquello no es suyo, y por mas que se estudien, á lo mejor salen con una patachada, porque siempre la última palabra al centro va; resumidamente, eran D. José y los suyos buenas gentes, y en su casa, como en la de S. Basilio, eran todos santos, hasta el aguador.

En casa de Miseria, como que en donde no hay harina todo es molina, lo que había era hambres, desnudeces, greascas, chiquillos llorando, y sopapos para acallarlos.

Mandó un día D. José á llamar á Miseria, que apareció que no se le podía agarrar ni con unas tenazas, ni hablar sinode verano (2), y se habría podido dar media peseta por no verlo. Trais un gesto que era menester darle de lejos el quién vive. Dijo al entrar:

—Alabado sea Dios: Dios guarde á su mercé, señor D. José.

—Y á tí tambien, hombre; qué mal enjastado y que frondlo vienes!

—Ya, señor; si tengo dos varas de hambre y traigo las tripas que se quieren comer unas á otras; y barriga vacía, todo es sequía. Para eso que está su mercé tan esponjado y tan satisfecho, como que barriga llena á Dios alaba.

—Verdad es que no puedo quejarme.

—Ya lo creo que puede su mercé estar requinto (3), como que siempre le sale el pagujar á veinte y le carga la marrana (4), no que yo soy la prosula (5) de la desdicha.

—Juan, en este mundo siempre ha habido, hay y habrá quien ria y quien llora; pero vengámonos al caso. Te ha mandado á llamar para que vayas al palacio de la fortuna y le digas de mi parte á la mia, que estoy satisfecho, y que no quiero mas; y te dará por tu mandado 200 reales con que te remedies.

En lugar de noger con aleluya la buena propuesta, y una ocasion como en su vida se le había venido otra á las manos, le entró á Juan Miseria la codicia y le dijo á D. José:

—Qué, señor! doscientos reales no son para levantar ni agachar á nadie; mire su mercé que el palacio de la fortuna está empingorotado allí donde Cristo dió las tres voces y nadie las oyó. Si me voy por el cañal me he de mojar, y si por las breñas me he de hallar con lobos y malas veredas; deme su mercé siquiera trescientos reales, que bien lo vale el mandado.

A D. José bien se le previnieron las triquinuelas de Juan Miseria; á pesar de eso, le dijo que le daría doce duros, y quedaron convenidos. Pero al salir, como que ya le había entrado á Juan Miseria la codicia, se volvió atrás, y le dijo á D. José que doce duros era poco.

—¿Quieres nueve? le contestó con mucha pachorra D. José.

—¿Señor, se está su mercé huyendo? dijo Juan Miseria; con que no quiero ir por doce á iria por nueve!

—Pues no vayas, dijo D. José.

Miseria, al oír esta respuesta, se desencajó.

—¿Y qué, me voy á quedar sin esos nueve duros que tanta falta me hacen? pensó el pobre, y volviéndose atrás le dijo al Colmado que iria por los nueve.

—¿Quieres seis? le respondió D. José.

—Buen subir es de pragonero á verdugo, le respondió Juan Miseria; por los seis no voy ni hecho trizas.

—Pues no vayas, dijo D. José.

Juan Miseria se fué; mas apenas llegó á la calle, cuando lo pensó mejor, pues el dinero le hacia mucha falta. Los ricos son los que ma-

lan ó sanan, dijo para su chaleco, y no hay sino agachar las orejas. ¡Ojalá hubiera ido por los doce! Bien dice el refrán, que la codicia rompe el saco. Volviese atrás y le dijo al Colmado:

—Señor D. José, la necesidad carece de ley, voy por los seis estéticos.

—¿Quieres tres? le respondió el rico.

—El devonimo que se rompa un par de zapatos y quizás la crisma, subiendo por esos vericuetos por tres malvados de duros! Vea V. ¡valiente puñado son tres moscas! Con Dios, D. José.

—Hasta mas ver, hijo.

Apenas estuvo Juan Miseria en la calle cuando pensó: ¿me he de quedar sin esos sesenta reales, yo que no tengo ni cuarto, ni de dónde sacarlos?

Volviese de prisa atrás, y gritó desde la puerta:

—D. José, mire V. que voy por los tres endios de duros.

—¿Quieres una? dijo el rico.

—Si señor, respondió Juan Miseria mas sobito que un pistoletazo, y echose en seguida á correr antes que D. José renovase su propuesta.

Después de subir y bajar por todo un día por esos vericuetos, llegó á una Peña tan alta y tan enriscada, que no tenía ni vereda de cabra, y hasta los rayos del sol se resbalaban en ella.

En el pinacho estaba encaramado el palacio de la fortuna, que era de alabastro legítimo, con puertas de oro puro. Cuando acabó de trepar y llegó á la cumbre entró en un patio como una plaza real, lleno de flores de todo el año, de frutales de todas estaciones, y de yerba siempre verde.

Empezó á llorar á voces á la fortuna de D. José el Colmado. Presentóse entonces una moza que le decía al sol quitate allá, lozana, blanca, rubia, cada mejilla parecia una rosa de á libra, y cada ojo una estrella planeta; traía mas faraltes que un tejado, y mas perendengues que tienda de joyero.

—¿Que me quieres? preguntó la moza muy fantasiosa.

—Aquí me envía D. José el Colmado para que le diga á su mercé de su parte que está satisfecho y no quiere mas; ¿se entera V., resalada sandunguera?

—Pues dile tú de la mia, respondió la buena moza, que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera, porque así me da mi real gana. ¿estas? y ahora vuélvelo por donde has venido, que me empestas mi palacio á miseria.

—¿Y no tiene ese esporton de rosas un favorecito para mí, mas que sea del tamaño de un cuarto de especias?

—Yo no soy tu fortuna y nada puedo por tí, le respondió la buena moza; pero aquí, á espaldas de mi palacio, está el de la tuya, anda, y platica con ella.

Y con eso se fué bailando como un trompo y cantando como un canario.

Salióse Miseria dando zancajadas, dió la vuelta al palacio, y se halló con el de su fortuna.

Era esta morada un derrumbo de piedras mas negras que mi corazón, que tenían entre cada grieta una vivora y en cada hendidura una culcha.

—¿Con que aquí es donde moró la fortuna mia? dijo Juan Miseria; tal el pájaro, tal el nido; voy á llamarla, que gacac tengo de ver su REPULLA cara.

Y se puso á dar voces.

Salió al punto de entro los escombros una vieja mas fea que la que engañó á S. Anton y apedreó á S. Esteban (1), con una boca sin dientes y unos ojos pilanicos sin pestañas.

—¿Que me quieres? preguntó la vieja con una habla que parecia una matraza.

—Mandarte al demonio cómo una condenada que eres, respondió Juan Miseria.

—Pues sáhele, dijo la vieja, que porque me togistes dormida has ganado un duro.

Pues sino me hubieses cogido dormida,
Ni por los veinte reales venías.

EL HOMBRE FELIZ A PESAR SUYO.

I.

Brest cuenta con un puerto magnífico; Nantes con bellísimos monumentos, pero Landernau posee un género de ilustracion escepcional y única en el mundo; tiene una luna que le es propia, y así se dice: la luna de Landernau.

¡Gran particularidad! ¡Reputación europea y verdaderamente mé-

(1) Y tan reciente, que ahora poco vivían los dos tipos que presenta este cuento; si dicen los franceses que en Paris sobre la agueda por las calles, con tanta mas razón podemos decir nosotros que pesan por los campos en Andalucía.

(2) De lejos.

(3) Contento, ventajado.

(4) Para muchos hermanos la colmar, hacer suerte.

(5) Non plus ultra.

(1) Este dicho es un anacronismo, pues S. Esteban sobre su pedregal por los años 34, y S. Antonio Abad murió año 364; quise indicar la personificación de la mala vida.

recida, porque en ninguna otra parte aparece Diana con el rostro mas gracioso ni brillante. Esta observacion nos hace creer, y sea dicho de paso, que Endimion era probablemente natural de Landerneau, y sin duda habrá comprendido tambien el lector que nuestro relato va á conducirse al mismo punto. A él se habia retirado en efecto la viuda de Mr. Dumontel, comerciante de Brest, después de la muerte de su esposo con dos hijos gemelos de veinte años.

Amábalos tiernamente, y aunque los dos tenían igual derecho á su ternura, la hija ejercía sobre ella un ascendiente particular, que justificaban sus preciosas cualidades.

Si hemos de creer un dicho vulgar, los gemelos se parecen como los huevos, ó se diferencian de una manera absoluta: son muy bonitos ó muy feos, se aman con pasión ó se aborrecen cordialmente: no hay en ellos término medio.

Carlos y Severina justificaban el dicho: se asemejaban completa-

mente, eran hermosos, y lejos de disminuirse el afecto que los unía desde la infancia, habia crecido con la edad.

Las mugeres se sacrifican, pero murmuran, Severina despreciaba esa abnegacion fingida, porque su mansedumbre era real, franca y sincera, pero dotada al mismo tiempo de una inteligencia viva y de una firmeza viril, cuando adoptaba un partido como el mejor, lo proseguía con una fuerza de voluntad que nada era capaz de contener.

Carlos era valiente, como hombre de corazón; pero su presencia de ánimo se desvanecía al menor obstáculo y cedía el puesto á la indecision. Contaba entre sus amigos á Faustino Besumont, médico jóven, establecido en Landerneau, donde habia muerto su tutor, dejándole su heredero universal, y cuyo carácter merecía particular estudio. Era lo que llamamos un original, aunque sin calcular el efecto que podian producir sus singularidades, pues así habia nacido, y por lo tanto no hacia mas que obedecer á la naturaleza. Esteriormente, debemos de-



(Retrato de Catalina.)

car que Faustino, á los veintiocho años era de una fisonomía noble y distinguida; aunque su traje, siempre en desacuerdo con la moda, le hacia perder muchas ventajas.

La familia Dumontel acababa de abandonar el luto, cuando se vió amenazada con otra pérdida tan cruel como la primera. Carlos cayó enfermo repentinamente, y conociendo la gravedad de su mal, desde el principio mandó llamar á Beaumont, que poseía su confianza. El doctor comprendió tambien el peligro y se dedicó á conjurarle con decidido empeño. Al mismo tiempo observó la ardiente solicitud con que la señora Dumontel cuidaba á su hermano, y entonces tambien le ocurrió el pensamiento de que era bella y graciosa.

Después de la completa curacion de Carlos, Faustino continuó visitándole, aunque ya no como médico, y en sus conversaciones con Severina acabó de prendarse de ella y la galantó, aunque á su modo.

Severina tambien habia jugado á Faustino, conociendo que bajo una estraña corteza se ocultaba el hombre de mérito, cuyas buenas cualidades superaban en mucho á los defectos. Era además amigo de su hermano, á quien habia salvado la vida, de modo que no tardó en confesarse á sí misma, que solo con Mr. Beaumont podia ser dichosa.

Faustino por su parte, aunque decidido á pedir la mano de Severina, temía la burla de aquellos á quienes en otro tiempo habia acompañado á casarse del matrimonio. Acordábase tambien de cierta perfidia femenina que le habian jugado en otros amores, y por último inquietábase la idea de encadenar para siempre su libertad al imperio que no podría menos de ejercer sobre él una muger suada.

Por fin, animado por Carlos, á quien habia confiado su afán, se decidió. Severina, aunque lisonjeada por aquel paso, dudó tambien, considerando el carácter singular del pretendiente. Carlos defendió con

calor la causa de su amigo, y la buena madre dió su consentimiento.

La ceremonia quedó aplazada para dentro de un mes.

Ninguna nube oscurece las semanas que preceden al matrimonio y que completan una luna mucho mas hermosa que la de miel, tan poderosa, y que tantos desengaños descubre.

Aunque Faustino no era muy dado al mundo, se impuso la obligacion de acompañar á aquellas damas; de modo que hallándose siempre al lado de Severina, se encontraba fuera de su centro. La admiracion unánime que inspiraba su novia, lisonjeaba su vanidad mas bien que su amor, y al mismo tiempo le importunaban aquellos homenajes. Ocurrióle pues ser anticipadamente celoso y dejarlo conocer. Hubo mas: algunos amigos suyos, apóstoles fervientes del celibato, le hacian darse á los diablos, al paso que le cumplimentaban por su ventura, recordándole como por casualidad algunos epigramas anti-matrimoniales que poco antes habia soltado, y añadiendo que solo una pasión profunda podia obligar á tan grave doctor á renegar de sus antiguas convicciones.

Faustino pateaba, y su mal humor era tal, que la viuda Dumontel se alarmaba respecto al porvenir de su hija; esta, no obstante, observaba sin inquietud á su prometido y estudiaba el arte de atraerlo, segura del éxito.

II.

Cierto dia que el doctor se hallaba entretenido hojeando una obra de medicina, le distrajo de su examen un ruido que al parecer provenia de la puerta de su gabinete.

—Id con Dios, no podeis verle, decia su ama de gobierno.

—Pues yo os digo que le veré, y será ahora mismo, contestó una voz que no parecia desconocida á Faustino.

Mientras consultaba sus recuerdos abrióse la puerta, y la persona que acababa de hablar entró precipitadamente. Era una mujer como de cincuenta años, de buena presencia y vestida de aldeana, que arrojando un grito de alegría estrechó á Faustino entre sus brazos. El médico se levantó, y dijo después de sufrir aquel rudo encuentro:—Sin duda os equivocáis, buena muger. ¿Quién sois? ¿qué me queréis?

—¡Jesus María! respondió la vieja. ¿Pues cómo así? *Tínico*, ¿no conoces ya á aquella Catalina que te crió? Mirame bien.

Beaumont la miró despacio, y en seguida la dió un estrechísimo abrazo.

—¡Cómo! ¿Con que eres tú, querida mía? exclamó con verdadera alegría. ¡Cuánto me contenta el verte! Vamos, ¿y qué te trae por aquí?

—Yo te lo diré, hijo mio; pero déjame respirar, porque estoy loca de gusto. ¡Cál! Si estás ya hecho todo un hombre... y doctor, según me han dicho.

—Supongo que no buscarás otra casa en Landerneau.

—Por supuesto, *Tínico*; pero ya se me ha olvidado lo que iba á decirte.

—Irias á contarme lo que te ha ocurrido desde nuestra separacion.

—Eso es. Después que te marchaste á seguir los estudios, siempre pensaba yo en tí y tenía miedo de que te echasen á perder en Paris. En fin, murieron tus padres casi á un mismo tiempo, y ¿qué iba á hacer yo en Morlaix? Volví á mi aldea, y allí encontré un buen muchacho que se prendó de mí: me casé, y me llevé muy bien durante diez años con mi pobre Nedelec, hasta que el Señor lo llamó para sí. Al verme viuda me ha disgustado la tierra; y sabiendo que estabas aquí, me he puesto en camino, y ya me tienes en Landerneau.

—Muy bien; pero no me has dicho lo que te trae á esta poblacion.

—¡Buena pregunta! Supongo que despedirás á esa pécora que nos está escuchando, y que yo seré tu ama de gobierno y tu cocinera, pues son cosas que entiendo perfectamente. En cuanto á mis gajes,



(El doctor Faustino Beaumont)

me darás poco ó nada, pues para mí es lo mismo. Ea, van á traer mi equipaje, y me instalo en la casa.

Diciendo así, sentose la buena muger después de haber enjugado el sudor que cubría su frente, y las lágrimas que le hacia derramar el placer de haber visto á su amo.

Esta conducta estraña, pero afectuosa, debía agradar al doctor: así, Catalina fué desde aquel día el *fac-totum* de la casa. Al saber el matrimonio de Faustino, conoció que iba á escapar de sus manos la autoridad; pero se consoló con la esperanza de que no fallaría algun chiquillo á quien hacer dormir.

III.

Llegó por fin el día de la boda: el matrimonio debía celebrarse á las seis de la tarde en la iglesia de San Eduardo, cerca de la cual vivía la familia Dumontel.

Beaumont pasó á casa de su novia. Recibióle Severina afectuosamente, según costumbre, y no fué menos cordial la acogida que le hicieron la viuda Dumontel y Carlos.

Después de comer visitó el doctor á algunos enfermos, cuya situación exigía sus cuidados, y por último fué á pasar el rato á una socie-

dad compuesta de los principales habitantes de la ciudad, con el objeto de leer los periódicos.

Su mala estrella le condujo á aquel sitio, pues al punto se vió rodeado y felicitado irónicamente por su felicidad. Un escribano fué quien mas le persiguió. Beaumont afectó la mayor indiferencia, y declaró que todas las chanzonetas del mundo serian inútiles para hacerle variar de propósito.

—Cuidado, dijo el escribano, porque se os pueden decir cosas... que os darian que pensar.

Beaumont se encogió de hombros.

—Aunque me enseñeis en la pared un escrito revelador, como el del festin de Baltasar, nada creeré.

—¿Con que estás decidido?

—¡Oh! sí por cierto.

—¿Y nada es capaz de inquietaros?

—Nada: cuando tomo mi partido nunca me vuelvo atrás, porque aborrezco los proyectos que fracasan...

Esta alusion á una boda que se le frustró al notario, lo exasperó: mordiose los labios, y se retiró sin replicar.

Pero la tranquilidad de Beaumont solo era aparente. Después de leer los periódicos, volvió á su casa, y empezó á vestirse para la cere-

monía. Lo que acababa de oír y su misma incertidumbre le atormentaban; acaso pensó más de una vez que todavía estaba á tiempo de remediarlo todo.

—No, añadía al punto; las cosas están ya muy adelantadas. ¿Y qué razón puedo alegar? Ella me ama, y yo... ¡Ah! Esos burtones me han trastornado la cabeza.

Durante su monólogo acabó de vestirse, y viendo que le faltaban los guantes, abrió un cajón de la cómoda para sacarlos; los encontró efectivamente después de revolver mil objetos, pero vió á su lado un atadillo de papeles.

—¡Ah! exclamó estremeciéndose: las cartas de Sofía; esto parece una advertencia del cielo, un presagio, como dicen en este país.

Abrió las cartas, colocadas por órden de fechas, y las recorrió; á medida que se angustia en aquella lectura oscurecábase su frente y su sonrisa se hacía sarcónica. Por último, encendió una bujía y las acercó á la flama.

—Ya se evaporan, dijo al ver que se quemaban; se convierten en humo, como el amor de la coqueta. ¡Ah, mugeres, mugeres! Al observarla, cualquiera la hubiera creído un ángel de candor y de inocencia; y sin embargo era la misma astuta y la misma hipocresía.

Después de la resolución que acababa de tomar pasó sus miradas por el aposento, como para buscar una distracción, y vió su violín; lo cogió, creyendo que su armónico idioma cambiaría el curso de sus ideas, y empezó á tocar un *andante*. Aquella melodía sin embargo era escaso lenitivo para su ansiedad, porque necesitaba ruido y desórden. Después de haber tocado algunos compases, colocó sobre el atril un cuaderno de vales; pero descontento é impaciente, los arrojó al suelo en seguida, y pasó en su lugar un *victorino* que pertenecía á Severina, y que la había él pedido para estudiar la parte de violín. Lo abre, se detiene en un trozo señalado por un papel, y empieza á indicarlo en sus cuerdas con la punta del arco; pero sus ojos distraídos se fijan insensiblemente en la misma señal; es el fragmento de una carta rota, cuya letra revela la mano de un hombre; recórrela sin saber lo que hace, y lee lo que sigue:

Tu casamiento
de semejante traición.
me he acordado de tu promesa
puse furioso al pronto, pero después
no puedo cesar de amarte.
escribirte á pesar de todo para darte

Vuelve rápidamente el papel, y examina el sobre que decía:

Severina Dum...
en casa de su señora madre.

(Se concluirá)

DOS SECRETOS.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación del capítulo IX.)

D. Ramiro no se intimidó, descargó tres furiosos golpes, y abrió algunos claros en las filas de los arqueros del alcaide; pero procuraba huir siempre del sitio en donde estaba D. Pedro Ponce de Leon. Este, por el contrario, buscaba á El Caballero, y la suerte le proporcionó lo que anhelaba con afán. Luego que D. Pedro se encontró frente á frente de D. Ramiro, se arrojó sobre él espada en mano. El Caballero hubiera podido evitar el golpe y esconder su arco en el pecho de su contrario; pero como el conde de Niebla le había encargado que respetara siempre la vida de D. Pedro Ponce de Leon, y además no quería poner entre él y Doña Flor un lago de sangre que hiciera imposible el logro de su amor, pasó con la mano izquierda la estacada que le dirigió el señor de Marchena, y bajó la punta de su espada para que no se hiciera con ella el alcaide, que ciego de ira se precipitó sobre D. Ramiro, abrazándolo fuertemente.

En vano pugó el bruto jóven por desatirse del Alcaide con la rapidez que debía hacerlo para defenderse y ofender á sus numerosos enemigos; D. Pedro neutralizó todos sus esfuerzos, y en pocos instantes cayeron sobre él tantos hombres de armas y ministros, que fué vana la resistencia, y quedó prisionero del hombre cuya vida había defendido pocas horas antes, y á quien no había querido dejar á sus pies hacia un momento.

Preso el jefe, se desbandaron los parciales del conde de Niebla, y solo se mantuvieron firmes los fieles criados de D. Ramiro, que perecieron casi todos con el noble aunque vano intento de rescatar á su señor. Muy satisfecho Ponce de Leon con la prisión de El Caballero, lo entregó á sus guardias para que lo llevaran al alcázar, custodiándolo cuidadosamente; y acompañado del almirante de Castilla, de Col-

menares y otros caballeros, hizo una ronda por la ciudad para restablecer la calma que habían turbado algunas horas antes.

Hernando acompañó á D. Ramiro espada en mano al comenzarse la refriega; pero de repente debió presentarse á su imaginación algun proyecto de grave importancia, porque huyó del combate, entró en el sombrio palacio, subió la escalera, cruzó varias cámaras, llegó á su dormitorio, abrió un mueble de pesada encina con una llave que llevaba al cuello pendiente de un cordón de seda, sacó una cajita, la abrió, y tomó un pergamino que estaba cerrado y sellado. Lo abrió cuidadosamente entre sus ropas, volvió á cruzar las cámaras, bajó la escalera, salió á la calle; pero en vez de tomar la dirección que debían seguir los combatientes, tomó la contraria á buen paso y desapareció entre las sombras.

CAPÍTULO X.

LOS DOS PERGAMINOS.

Luego que el señor de Marchena y sus amigos se cercioraron de que estaban completamente vencidos, diseminados y fugitivos los amigos de D. Juan Alonso de Guzman, se dirigieron al alcázar dispuestos á condenar á muerte al intrépido D. Ramiro y á llevar á cabo la sentencia inmediatamente, para alerrar con este nuevo golpe á los que conservaran algun ánimo, y desacreditar al partido cortando la cabeza á su jefe bajo la horrible acusacion de un premeditado asesinato. D. Pedro Ponce de Leon quería dilatar la sentencia y hacer antes algunas averiguaciones, pero Colmenares sostenió que eran inútiles de todo punto, y se adherían á su opinion casi todos los caballeros, secundando perfectamente la impaciencia de D. Enrique, que era el preso poseedor del pergamino de Forton.

Con jueces que se habian propuesto ser en vez de jueces verdugos, no se necesitaba proceso, y en una especie de conversacion amigable se decidió que D. Ramiro sería degollado al salir el sol, ó lo que era lo mismo, una hora después de dictada la sentencia, pues comenzaba á despuntar la aurora, cuando dieron su fallo los nobles amigos del alcaide. Tomada la resolución, se dictaron las disposiciones necesarias para improvisar un tablado y tener dispuesto un verdugo; varios caballeros se encargaron de hacerlas cumplir inmediatamente, y Colmenares se apropió la custodia del preso, que como hemos dicho, estaba en el alcázar guardado por algunos arqueros del alcaide mayor.

El primer cuidado de Colmenares fué informarse de las palabras que habia pronunciado D. Ramiro; pero supo con el mayor contento que no habia desplegado los labios, causándole no poco asombro que no hubiera pedido hablar á D. Pedro Ponce de Leon. Aunque la conducta del prisionero debia tranquilizar á D. Enrique, tomó las mas exquisitas precauciones para que no supiera su sentencia, y lo incomunicó enteramente, pasándose él mismo ante la puerta de la prision.

Mucho mas tranquilo que Colmenares, se paseaba el herido jóven al lado opuesto de la puerta, sin acordarse del peligro que amenazaba su cabeza, y pensando únicamente en la suerte que habria cabido á los parciales de D. Juan Alonso de Guzman. En medio de sus meditaciones, tenia alguna vez remordimientos de haber salvado la vida al señor de Marchena, y sobre todo de haber bajado, cuando lo acometió el alcaide, la punta de la espada, causa fatal de su prision y de la ruina de los parciales del tutor. Pero sondeando detenidamente lo mas hondo de su conciencia, encontraba que en el primer caso habia obrado como un cumplido caballero, y seguido en los dos los consejos é instrucciones del honrado conde de Niebla. Esta conviccion lo tranquilizaba y alzaba la frente con orgullo, sin acordarse de que muy en breve podria abatírsela el verdugo.

El señor de Marchena se habia quedado solo en su cámara; Niño se presentó con su severo continente y su silencio sepulcral, se adelantó algunos pasos hacia el alcaide, y se quedó en actitud de esperar órdenes.

—¿Qué quieres, Niño? le preguntó D. Pedro Ponce de Leon.

—¿Teneis que mandarme, señor? preguntó á su vez el escudero.

—Han decidido mis amigos que El Caballero perezca en el cadalso al salir el sol, dijo el alcaide con vivas muestras de no aprobar en el fondo de su alma la sentencia que habia mandado ejecutar.

—Peleaba bien, y mucho se alegrarán los moros; murmuró Niño bruscamente.

En este momento oyeron voces de altercado en la antecámara, y un instante después entró Hernando seguido de dos ó tres criados, que se detuvieron en presencia de su señor.

Al encontrarse frente á frente Niño y Hernando, dieron un paso el uno hacia el otro con cierta expresion de alegría; pero se detuvieron de repente, se dirigieron una mirada desdenosa, y Hernando se acercó al señor de Marchena, y le dijo:

—Señor, corre de boca en boca la nueva de que D. Ramiro será degollado al salir el sol.

—Es verdad, respondió el alcaide friamente.

—¿Habeis firmado vos, señor, esa sentencia?
 —La he firmado.
 —Yo os aseguro que D. Ramiro es inocente.
 —Tenemos motivos para juzgarlo criminal.
 —No solamente es inocente, sino, lo que es mas, os salvó la vida en la plaza de la Catedral.
 —Venga la prueba.
 —La hemos perdido.
 —En ese caso no te dará crédito.
 —No importa. Yo soy un antiguo escudero del conde de Niebla.
 —Lo sé.
 —Pues bien, un escudero del conde de Niebla, vuestro enemigo, os pide de rodillas la vida del mas valiente caballero que batalla en Andalucía, dijo el escudero arrodillándose.
 —No puedo concederte lo que me pides, escudero.
 Hernando se levantó, y dijo:

—Ya que no condescendéis á mi ruego, os pido, señor, en nombre del conde de Niebla, la vida y la libertad de D. Ramiro.
 —¿Es una amenaza? preguntó el alcaide con altivez.
 —Es una súplica, señor, respondió Hernando humildemente.
 —Si el conde de Niebla supiera que me suplicas en su nombre, mandaría que te arrancaran la lengua y la daría á comer á sus perros.
 —Yo no os suplicaría en nombre de mi señor, sino estuviera autorizado para ello.
 —Para dar crédito á lo que me dices, necesitaría verlo escrito por la mano de tu señor.
 —Suspended la ejecucion algunos dias, y os respondo con mi cabeza de que tendreis lo que pedis.
 —Es imposible.
 —¿No puede suspenderse la ejecucion?
 —Ni una hora.
 —En ese caso leed, señor, y no morirá D. Ramiro.

Hernando presentó al alcaide el pergamino que habia guardado con tanto esmero; D. Pedro lo desarrolló, vió la firma del conde de Niebla, y empezó á leer lo que habia trazado la mano de D. Juan Alonso de Guzman. A las primeras palabras se cubrió de rubor el rostro del señor de Marchena, á este rubor siguió una palidez mortal, y cuando llegó de nuevo á la firma, ocultó el alcaide su turbada faz entre las manos, preguntando al mismo tiempo al escudero:

—¿Es cierto, Hernando, lo que firma aquí el conde de Niebla?
 —La firma del conde de Niebla no necesita la garantia de la palabra de un criado, repuso Hernando, mirando frente á frente al alcaide como si mirara á un su igual.
 —Nada, tráeme inmediatamente á D. Ramiro, dijo el alguacil mayor.
 El escudero se inclinó con el mayor respeto, y salió. D. Pedro iba á dirigir mil preguntas á Hernando, pero le cortó la palabra la llegada de Doña Flor.
 —Es inocente D. Ramiro, dijo la jóven prescindiendo con el terror en el semblante y la angustia en el corazón.
 —¿Es inocente? murmuró el señor de Marchena respondiendo á su pensamiento mas bien que á las palabras de su hija.
 —¿Si, padre mio! exclamó Doña Flor, creyendo que la interrogaba su padre.

En este momento se presentaron en la puerta El Caballero, D. Enrique y Nuño. Al ver Colmenares un pergamino en manos del alcaide, retrocedió rápidamente; D. Ramiro y Nuño pasaron el umbral: la puerta se cerró tras ellos.

El señor de Marchena tenia cogida con la mano izquierda la diestra de su hija, tendió la derecha, en la cual conservaba la carta del conde, á D. Ramiro. Estó le cogió con respeto y murmuró:

—Supuesto que os ha dicho Hernando que os salvó la vida en la plaza de la Catedral, no lo niego; y si no os fiño vuestra espada es porque la perdí al caer al río.
 —Abraza, Doña Flor, á tu... dijo el alcaide, interrumpiéndole la frase su emoción.

Los dos jóvenes dieron un paso el uno hácia el otro.
 —Hermano! murmuró D. Pedro.

Los dos jóvenes se quedaron inmóviles como dos estatuas.
 El alcaide los atrajo á su seno, y añadió:

—Abraza los dos á vuestro padre.
 Las frentes de Doña Flor y D. Ramiro se tocaron sobre el pecho del señor de Marchena, pero los dos permanecieron mudos, Hernando dijo al escudero del alcaide:

—Ven á mis brazos, Nuño, que nosotros tambien somos hermanos.
 Nuño se arrojó en los brazos de Hernando sin proferir una palabra. Aquellos dos viejos guerveros no se habian hablado en veinticinco años, precisamente el tiempo que llevaban de enemistad D. Juan Alonso de Guzman y D. Pedro Ponce de Leon.

—Gracias á Dios que doy con vos, dijo Alfonso de Peralta, entrando seguido del barquero, y encarándose con D. Ramiro.

—Gracias, Peralta, repuso El Caballero acercándose al veterano.
 —No he llegado antes, porque no he podido hasta ahora echar la vista encima á este perillan; y como no ha querido entregarme lo que me encargasteis, os lo traigo para que lo hagais desollar vivo.

—Perdon, señor, dijo Fortun arrodillándose á los piés de D. Ramiro.

—El pergamino, repuso El Caballero con la severidad de un juez.

Fortun rompió una parte de su túnica, sacó un pergamino, y lo puso en las manos de D. Ramiro. Este lo pasó á las de su padre diciéndole:

—Leed, señor, vuestra sentencia de muerte, y conoced vos solo el nombre del que trató de asesinaros.

Don Pedro leyó el pergamino y murmuró:

—Todo lo comprendo.

Sin embargo, tuvo bastante grandeza de alma para romper el pergamino y decir á Fortun:

—Fuge de Sevilla y no digas á nadie el nombre que acabo de romper, Fortun.

El barquero no necesitó que le repitieran la orden, y un cuarto de hora después estaba fuera de los muros de Sevilla: delante de él huia Colmenares, causa de las sangrientas escenas que habian diezmodado la ciudad.

—¿Tenéis que mandarme, D. Ramiro? Preguntó Peralta á El Caballero.

—Tengo mucho que agradeceros, señor Alfonso de Peralta, respondió D. Ramiro.

—Pues hasta que el uno tenga necesidad del otro.

Salió Peralta y se quedaron los mismos cinco personajes que estaban antes de su entrada; Nuño y Hernando, aunque merecian toda la confianza de sus señores, creyeron prudente dejarlos en absoluta libertad, y se retiraron; Doña Flor sabia que era la amante de su hermano, y no necesitaba saber mas; únicamente D. Ramiro tenia un grandísimo interés en descubrir lo mas profundo del secreto, y dijo á D. Pedro:

—Señor, creo que esa carta me pertenece.

D. Pedro le dió el pergamino; D. Ramiro leyó para sí lo siguiente:

D. Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, sedujisteis á una hermana de D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla; marchasteis á la guerra sin haberos casado con ella, y la desgraciada descubrió su deshonor al conde, dió á luz un hijo y espiró. El fruto de vuestro crimen es D. Ramiro. Guardad este secreto, que es el secreto del odio que nos divide, y dividirá á nuestras familias mientras vivais, como yo lo he guardado durante veinticinco años, y lo guardaré mientras viva.
 D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla.

Luego que D. Ramiro concluyó de leer la carta hizo con ella lo que habia hecho el alcaide con el pergamino de Fortun, sin que D. Pedro le puziera el menor obstáculo. Después dijo con firme acento:

—Todos guardaremos fielmente el secreto de mi nacimiento. Para vos seré un hijo, para Doña Flor un hermano, para el conde de Niebla lo que quiera llamarme, para el mundo lo que he sido hasta hoy. Saldré de Sevilla ahora mismo, habitaré siempre en la frontera, mi apellido serán mis hechos, será mi espada mi blason.

Dichas estas breves razones, besó la mano de su padre; se llegó después á Doña Flor, y la dijo al oído:

—Es preciso que tambien sea para todo el mundo un secreto la historia de nuestro desgraciado amor.

D. Ramiro salió inmediatamente de la cámara, y momentos después de Sevilla, acompañado de su fiel Hernando; Doña Flor profesó pasado un año, en Santa María de las Huelgas. El uno murió con la lengua de la mejor lengua de su tiempo; murió la otra casi en olor de santidad.

JUAN DE ARIZA.

FIN.

LA FLOJ DE SESEDA.

LEYENDA ORIGINAL.

V.

SIEMPRE Y JAMAS.

Silenciosa está la noche,
 limpio y estrellado el cielo,
 la luna con triste velo
 cubre del mundo la faz;
 solo se escucha el murmullo
 del agitado torrente,
 ó entre las hojas se siente
 del aura el beso fugaz.

Bajo su manto de sombra
 envuelto el sueño callado
 la memoria del pasado,

la esperanza y el dolor :
 en tanto que á sus hijuelos
 cobija el ave en el nido,
 y tal vez se oye un gemido
 de amoroso ruiseñor.

En un extremo del muro
 del almenado castillo,
 se ve de una luz el brillo
 de una ventana á través ;
 la estancia de Inés alumbrada
 aquella luz, que revela
 que alguien tras del muro vela,
 y que quien vela es Inés.

Ya ha pasado el tercer día
 desde que una cruel historia,
 que atormenta su memoria,
 su padre le reveló,
 y aun no ha tocado sus ojos
 el dulce y lánguido sueño
 con el bálsamo halagüeño
 que otras veces los cerró.

Junto al bosque de jazmines
 y en el banco de verdura,
 se divisa la figura
 de Ricardo en el jardín ;
 su vista inmóvil contempla
 los vidrios de la ventana,
 donde una sombra liviana
 se pinta ó se pierde al fin.

Tal vez profundo suspiro
 lanza su pecho apenado,
 ó se remueve agitado
 por vigorosa inquietud ;
 tal vez absorto en su pena
 del mundo exterior ausente,
 acaricia indiferente
 las cuerdas de su laud.

Acaso un tenue sonido
 vibra el sonoro instrumento,
 remedando al leve acento
 de suspiro virginal ;
 entonces el pobre joven
 trémulo la vista gira,
 y al fin su mirada espira
 en el diáfano cristal.

Brotan de su labio ardiente
 palabras que nada explican,
 aunque por demás indican
 que salen del corazón :
 de esas palabras sin nombre
 que á comprender solo alcanza
 el que llora una esperanza
 convertida en ilusión !

Palabras que son el grito
 de un invisible combate,
 en que sangrienta se bate
 con el amor la virtud ;
 y en cuya terrible lucha
 cuando la virtud escede,
 el amor solo hallar puede
 cadenas y esclavitud.

—Inés... mi vida... Deshonra !
 no, jamás ! Sé que me ama,
 si... mas ojalá su llama
 fuese horroroso desden !
 yo la amaré siempre, siempre,
 ¿ qué mas mi pecho ambiciona?...
 Pero, vale una corona
 su amor !... Calla, lengua, ten.

¿ De qué me sirve un cariño
 que solo á mi bien ofende?...
 Mas... si es cierto que ya enciende
 su tierno pecho mi amor !...
 Oh ! no, loco pensamiento :
 en qué mi recelo estriva ?

en que afable y compasiva
 me cedió una pobre flor !

Una flor que vale un mundo
 de preciosas ilusiones...
 Mas, ¡ ah ! yo sueño visiones :
 pobre loco, adónde vas ?
 olvidas que ya en el mundo
 solo te halaga, precaria,
 una tumba solitaria,
 una tumba, cuando mas ?... »

Así espresaba Ricardo
 á solas su amarga pena,
 reforzando la cadena
 de su imposible pasión :
 quedó en silencio un instante,
 y alzando su faz tranquila :
 —¿Qué temor, dijo, aniquila
 mi firme resolución?... »

Luego de un laud sonoro
 por diestra mano pulsado,
 sintióse el eco apenado
 por los ámbitos volar ;
 eco dulce y plañidero,
 á cuya triste armonía
 con tierna melancolía
 oyose una voz cantar :

« Nace la flor en el valle
 tierna, delicada y pura,
 y entre mares de verdura
 abre su cáliz al sol :
 brilla en su seno el rocío,
 dulcísimo aroma exhala,
 pero el sol quema su gala
 y marchita su arbol.

» Por vez primera los vientos
 cruza inocenteavecilla,
 la dicha en sus ojos brilla,
 de gozar tiene hambre y sed :
 sobre lozana pradera
 ve delicioso alimento,
 va á tocarlo, y al momento
 la oprime traidora red.

» Yo soy la flor delicada
 entre la yerba escondida,
 que apenas sintió la vida
 un rayo de sol quemó :
 soy ave que los espacios
 cruzó en pos de una esperanza,
 y al soñar dicha y bonanza
 presa entre redes quedó. »

Cesó la dulce armonía
 y como triste lamento,
 el eco repitió lento
 la postrera vibración :
 quedó después todo en calma,
 siguió silencio imponente,
 solo se oía del torrente
 la continua ebullición.

Abriéronse los cristales
 de la gótica ventana,
 y en ella, mano liviana
 rápida se vió asomar ;
 y al retirarse ligera,
 caer lento al pié del muro
 un objeto que en lo oscuro
 vióse oscilando bajar.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

SOLUCION DEL JEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 35.
Mas vale pájaro en mano, que ciento volando.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRENTA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
 A cargo de G. Alhambra.